SEGUNDA VEZ EN ROMA.

Longa sit huic ætas dominæque potentia terræ
Sitque sub hac oriens occiduusque dies.

Roma 8 de Junio de 1787.

Anteayer llegué aquí, felizmente, y ayer, la fiesta del Corpus, dióme investidura de romano. Sin dificultad confieso que mi salida de Nápoles prodújome cierta pena; no á causa de alejarme de la hermosa comarca, sino al dejar una poderosa erupción de lava que, desde la cima de la montaña, tomó su camino hacia el mar. Hubiérala querido observar de cerca y hacer, por experiencia propia, conocimiento de su modo y manera de ser, de la que tanto se ha dicho y leído.

Hoy cesaron mis suspiros por aquella gran escena de la Naturaleza y no en virtud del devoto bullicio de la fiesta que, al lado de imponente conjunto, presenta detalles absurdos que estropean su sentido, sino gra-

cias á los tapices de Rafael, cuya vista llevóme de nuevo á un círculo de consideraciones más elevadas. Los principales que, sin género de duda, son suyos, cuelgan unos al lado de otros; los demás, acaso de discípulos y artistas contemporáneos de Rafael, no desdicen y ocupan dignamente un espacio inmenso.

Roma 16 de Junio.

He de volver á deciros una palabra, queridos amigos: me va muy bien; cada vez me encuentro más dueño de mí y aprendo á discernir lo que me es propio y lo que me es ajeno. En todo me ocupo; tomo de todas partes y crezco de dentro á fuera. Estos días estuve en Tívoli y he visto uno de los más hermosos espectáculos de la Naturaleza. Las cascadas, las ruinas, todo el panorama del paisaje, son de aquellas cosas cuyo conocimiento nos enriquece á fondo.

He descuidado escribiros por el último paquete. En Tívoli me encontraba muy cansado de pasear y dibujar con mucho calor. Salía con el Señor Hackert, que tiene gran maestría para copiar la Naturaleza y componer el dibujo; mucho he aprendido de él en tan pocos días.

No puedo decir más: en el orden terrestre, esto es cosa eminente. De los complicados accidentes del país, resulta admirable efecto.

El Señor Hackert, alabándome y censurándome,

ayudándome mucho y medio en broma, medio serio, reprochóme necesitar todavía los principios fundamentales, habiendo vivido diez y ocho meses en Italia. Después de tanto tiempo, me aseguró que ya debía encontrar satifacción y gusto en mis trabajos. Ahora conozco lo que es preciso estudiar y cómo, para vencer ciertas dificultades, bajo cuya carga se arrastra uno toda la vida.

Otra advertencia: también ahora empiezo á cobrar cariño á los árboles, á las flores y á la misma Roma; antes las sentía cosa extraña y me alegraban, en cambio, objetos más insignificantes, parecidos á los que ví en mi juventud. Al presente necesito encontrarme aquí como en mi patria y, sin embargo, no puedo identificarme con éstas, como con aquellas primeras impresiones de la vida. Tal circunstancia originóme muchos y diversos pensamientos, en particular acerca del Arte y de la imitación. Durante mi ausencia, descubriera Tischbein un cuadro de Daniel de Volterra en el monasterio de *Porta del Popolo*. Los religiosos tasábanlo en mil escudos y Tischbein, artista, no podía procurárselos. Entonces, valiéndose de Meyer, hizo á Madama Angelika la proposición, que aceptó, de pagar dicha suma y recoger en su casa el cuadro y, más tarde, Tischbein vendió la mitad que, conforme al contrato le correspondía, en una suma considerable. Es un cuadro excelente, que representa el entierro de Cristo y tiene muchas figuras. Meyer lo dibujó cuidadosamente.

Roma 20 de Junio.

He vuelto á ver obras de Arte magníficas y mi entendimiento se depura y se afirma. Sin embargo, necesitaría todavía un año vivir solo en Roma, á fin de poder utilizar mi permanencia á mi manera y ya sabéis que de otra no hago nada. Ahora, cuando me marche, sólo sabré cuál sentido no se me ha desarrollado todavía.

El Hércules Farnesio ya no está aquí; mas llegué á verlo sobre sus propias piernas, de las cuales, durante tanto tiempo, le privaron. Ahora no se comprende que las primeras, de Porta, se hayan considerado buenas tanto tiempo. Es hoy una obra de las más acabadas de los tiempos antiguos. El rey de Nápoles va á construir un Museo donde reunir cuanto posee de Arte antiguo: el museo de Herculano, los cuadros de Pompeya, los de *Capo di Monte*, toda la herencia de Farnesio: empresa grande y bella, cuyo promotor es nuestro compatriota Hackert. Hasta el Toro de Farnesio viajará á Nápoles, en cuyo paseo han de colocarlo. Si pudiesen sacar del palacio la galería Carracciana, se la llevarían también.

Roma 27 de Junio.

Estuve, acompañado de Hackert, en la galería Colonna, donde se ven reunidos muchos cuadros del Poussino, Claudio y Salvator Rosa. Acerca de ellos díjome

cosas muy bellas y profundas. Algunos copió; de otros hizo fundamental estudio. Alegréme de haber tenido, en mi primera visita á esta galería, sus mismas impresiones. Cuanto me dijo ensanchó y afirmó mis ideas, pero no las cambió en manera alguna. Siendo posible ver después la Naturaleza, encontrarla y leerla conforme aquéllos la han encontrado y la han imitado más ó menos, ya puede sentirse el ánimo esparcido y sereno y adquirir la intuición más alta del Arte y de la Naturaleza. No quiero darme punto de reposo hasta que para mí nada sea palabra y tradición, sino idea viva. Tal fué, desde la juventud, mi aguijón y mi tormento; ahora que vienen los años quiero, al menos, alcanzar lo alcanzable y hacer lo factible, ya que, merecida ó inmerecidamente, he sufrido el destino de Sísifo y de Tántalo.

¡Seguid queriéndome y tened fe en mí! Ahora vivo con los hombres de manera muy tolerable y en cierto pie de buena franqueza. Estoy bien y contento del empleo de mis días.

Tischbein es excelente, más temo que nunca llegue á situación en que pueda trabajar á gusto y libre. De palabra diré más acerca de este hombre extraordinario. Mi retrato está muy bien; se me parece mucho y todo el mundo encuentra el pensamiento feliz. Angelika me retrata también, pero no resulta; ella se enoja de no poder alcanzar el parecido: es un muchacho guapo, pero ni trazas mías.

Roma 30 de Junio.

La gran fiesta de San Pedro y San Pablo llegó al fin; ayer vimos la iluminación de la cúpula y los fuegos artificiales del Castillo. La iluminación es un cuento fantástico; no cree uno á sus propios ojos. Viendo ahora las cosas en sí y no según antes me sucedía, por y con otras que no existían, sólo pueden causarme placer estos grandes espectáculos. En mi viaje cuento una media docena de ellos y éste puede figurar en primera línea. La hermosa forma de la columnata, la iglesia y en particular la cúpula, aparecen á primera hora perfiladas con fuego y cuando la primera hora ha pasado, en una masa de llamas. Es cosa única y soberbia. Pensando que el enorme edificio sólo sirve en tal momento de andamiaje, se puede comprender que no es posible ver en el mundo nada semejante. El cielo estaba sereno y claro; brillaba la luna y su resplandor atenuaba, de manera agradable, la claridad de las lámparas. Pero al último, cuando en la segunda iluminación todo se convirtió en llamas, quedó apagada la luz de la luna. Los fuegos artificiales son bonitos en razón del sitio, aunque sin punto de comparación con las iluminaciones. Esta noche veremos las dos cosas de nuevo.

Pasaron ya. Era una noche hermosísima; el cielo claro, la luna llena, que hacía más suave la iluminación y parecía enteramente un cuento de hadas. Ver dibu-

jadas con fuego las bellísimas formas de la iglesia y de la cúpula, es cosa grandiosa que embelesa.

Roma, fin de Junio de 1787.

Me he metido en tan grandiosa escuela, que no me es posible salir pronto. Aquí tienen que elaborarse y madurarse en total mis conocimientos y mis habilidades; sin esto, no os devolvería sino un amigo incompleto y comenzarían otra vez los deseos, los esfuerzos, la comezón y las lentitudes. No acabaría si hubiese de contaros lo bien que me ha ido aquí este mes: es como si me hubiesen presentado en un plato cuanto he deseado. Tengo alojamiento hermoso, en casa de buenas gentes. Tischbein se ha ido á Nápoles y hago uso de su estudio, que es un gran salón muy fresco. Cuando penséis en mí, imaginaos que pensáis en un hombre feliz; escribiré con frecuencia; así estaremos y permaneceremos juntos.

No me faltan nuevos pensamientos é inspiraciones. Entregado, como estoy, á mí mismo, encuentro mi primera juventud hasta en pequeñeces y luego lo elevado y lo digno de los objetos me lleva tan alto y tan lejos como lo requiere la última parte de mi existencia.

Mis ojos se forman de modo increible y mis manos no quieren quedarse atrás. Sólo hay una Roma en el mundo y me encuentro en ella como el pez en el agua:

floto como una bala en el azogue, único fluido que la podría sostener. Nada enturbia la atmósfera de mis pensamientos más que el no poder compartir mi dicha con aquellos que me son queridos. El cielo está ahora admirablemente claro, de suerte que en Roma sólo hay alguna niebla á la mañana y á la noche. Pero en la montaña, Albano, Castello, Frascati, donde pasé tres días la semana anterior, el aire es siempre transparente y puro. ¡Esta Naturaleza sí que es digna de estudio!

ADVERTENCIA.

Al poner ahora en orden mis notas, de acuerdo con la situación, impresiones y sentimientos de aquel tiempo y para ello comenzar extrayendo de mis propias cartas los pasajes de interés general, que presentan mejor que cualquiera narración posterior la propiedad del momento, viénenseme á la mano cartas de amigos, que pueden servir á mi propósito aún más ventajosamente. Por lo tanto, me resuelvo á intercalar estos documentos epistolares en unas partes ó en otras, principiando por introducir la animadísima narración de Tischbein, que procedente de Roma llegó á Nápoles. Tiene la ventaja de transportar, desde luego, al lector á aquel sitio y ponerle en relación inmediata con las personas y también de instruirle, en especial acerca del carácter del artista, que por tanto tiempo trabajó notablemen-

te y que, si bien de cuando en cuando puede parecer extravagante, siempre merece un recuerdo de agradecimiento, así por sus esfuerzos como por sus servicios.

De Tischbein á Gœthe.

Nápoles 16 de Julio de 1787.

Nuestro viaje de Roma á Capua fué bueno y agradable. En Albano se nos reunió Hackert; en Velletri comimos en compañía del cardenal Borgia y vimos su Museo, con particular satisfacción mía, porque hice aprecio de muchas cosas que, la primera vez, habia pasado sin advertirlas. A las tres de la tarde seguimos nuestro viaje por las lagunas pontinas, que esta vez me gustaron mucho más que en el invierno: los árboles verdes y los setos dan graciosa variedad á esta gran planicie. Un poco antes de anochecer nos encontramos en el medio de las lagunas, donde se muda el tiro. Mientras el postillón empleaba toda su elocuencia en arrancarnos dinero, un brioso caballo entero, blanco, encontró oportunidad de soltarse, corriendo á escape, espectáculo que nos dió mucho gusto.

Era hermoso animal, de soberbia estampa, blanco como la nieve; rompió las riendas que lo sujetaban; piafó, arrojando tierra con las patas delanteras al que trataba de retenerlo; tiró coces con las traseras, dando

tal relincho, que todos se apartaron medrosos. Después saltó á la zanja y galopó por los campos, resoplando y relinchando sin cesar. Flotaban en el aire la cola y las crines y su figura, en el movimiento libre, era tan hermosa, que todos exclamaron: *¡che bellezze! ¡che bellezze!* Luego corrió más cerca en otra zanja, de un lado á otro y buscó pasaje angosto donde saltar y llegar junto á las yeguas, que del lado de allá, en gran número, se apacentaban tranquilamente, cosa que al fin consiguió. Ellas, asustadas de su fiereza y relincho, corrieron en fila, huyendo delante por la llanura; pero él, siempre detrás, trataba de alcanzarlas.

Al fin arrojó á un lado á una yegua; ésta corrió á otro campo donde también había muchas, las cuales, poseídas á su vez del espanto, fueron á dar sobre la primer yeguada. Vióse entonces todo el campo cubierto de caballos negros, entre los cuales el potro blanco saltaba, esparciendo espanto y pavura. La manada corría en largas filas, haciendo silbar el viento y resonar como el trueno la tierra que pisaba. Mucho tiempo miramos embelesados aquellos cientos de animales galopando en los campos, unas veces en masa, otras repartidos; tan pronto desparramados dando vueltas, tan pronto en hileras recorriendo todo el suelo.

La obscuridad de la noche, que se entraba, nos privó de este espectáculo único; y cuando detrás de la montaña se alzó clara la luna, apagóse la encendida luz de nuestros faroles. Como durante largo tiempo hube de recrearme en la claridad suave, me tomó el sueño, sin

ser parte á evitarlo el miedo de la *malaria*, dormí más de una hora sin despertarme, hasta llegar á Terracina, donde mudaron los caballos. Allí los postillones estaban muy atentos, gracias al miedo que les infundiera el marqués de Lucchesini; nos dieron los mejores caballos y guía, porque el camino, entre las grandes peñas y el mar, es peligroso. Sucedieron en él muchas desgracias, especialmente de noche, que se asustan los caballos con facilidad. Durante el tiempo que tardaron en enganchar y mientras en la última guardia romana revisaban nuestros pases, fuíme á pasear entre el mar y las grandes rocas y pude ver el más grandioso efecto. El obscuro peñasco que iluminaba la luna arrojaba al azulado mar una columna vivamente movediza, hasta sobre las olas que morían en la orilla. Allá arriba, en la montaña, destacándose en azul obscuro, las ruinas del destruído castillo de Genserico hiciéronme pensar en los tiempos antiguos y comprendí los deseos del desdichado Conradino por salvarse, lo mismo que los de Cicerón y Mario, que todos se arrojaron en este sitio.

Era hermoso alejarse de la montaña bajando en carruaje, entre enormes peñascos rodados, á la luz de la luna, hacia la orilla del mar. Percibimos bien iluminados los grupos de olivos, palmeras y pinos cerca de Fondi; no así lo principal, los bosques de limoneros; estos sólo se mostraron, en todo su esplendor, cuando el sol brilló en sus dorados frutos. Luego pasamos un monte de muchos olivos y algarrobos y era ya de día

cuando llegamos á las ruinas de la antigua ciudad, donde hay tantos restos de monumentos sepulcrales. El mayor de todos debe haber sido erigido á Cicerón, precisamente en el sitio en que fué asesinado. Tenía ya el día algunas horas cuando llegamos al alegre golfo de Molo di Gaeta. Volvían los pescadores con su botín y esto hacía el camino muy animado. Algunos llevaban en cestos de mimbres los peces y mariscos; otros preparaban ya las redes para nueva presa. De allí fuimos á Garigliano, donde el caballero Venuti hace excavaciones. Dejónos aquí Hackert, que tenía prisa de llegar á Caserta y nos fuimos, calle abajo, hacia el mar, donde nos tenían preparado un almuerzo que podría muy bien pasar por comida. Allí estaban guardadas las antigüedades desenterradas, lastimosamente destrozadas. Entre otras cosas bellas se encuentra una pierna de estatua, que no le cede mucho al Apolo del Belvedere; sería una dicha encontrar el resto.

El cansancio nos hizo dormir un poco y al despertar nos encontramos en compañía de una agradable familia que vive en este lugar y que nos daba una comida. Esta atención la debimos, sin duda, á Hackert, que ya se había alejado. De nuevo estaba la mesa puesta; pero yo no pude comer, ni siquiera estar sentado, á pesar de la buena compañía. Fuíme á pasear á la orilla del mar, entre las piedras, de las que hay varias muy curiosas, sobre todo muchas horadadas por insectos marinos, algunas de las cuales parecían esponjas.

Allí presencié una cosa que me procuró gran placer.

Un pastor de cabras llegó á la playa; las cabras se metieron en el agua á bañarse. Luego vino otro pastor de puercos y, mientras los dos rebaños se refrescaban en las olas, los pastores, sentándose á la sombra, se pusieron á tocar; el de los puercos la flauta, y el de las cabras la zampoña. Por último, llegó á caballo un muchacho desnudo, muy bien formado y se entró en el agua tan adentro, tan adentro, que el caballo nadó con él. Era muy hermoso ver toda la figura del gallardo joven cuando se acercaba á la orilla, y luego, volviendo atrás é internándose en el mar, distinguir sólo la cabeza del caballo nadando y á él hasta los hombros.

A las tres de la tarde seguimos nuestro viaje y, cuando habíamos dejado á Capua tres millas de nosotros,—ya con una hora de noche,—se rompió una rueda de atrás de nuestro carruaje. Detuvímonos algunas horas hasta que pusieron otra en su lugar. Luego que esto sucedió y volvímos á adelantar pocas millas, se rompió el eje. Esto nos contrarió en extremo. ¡Estar tan cerca de Nápoles y no poder hablar con nuestros amigos! Al fin llegamos bastantes horas después de media noche y encontramos tantos hombres en las calles como apenas en otras ciudades se ven al medio día.

Hallé á todos nuestros amigos buenos y sanos, alegrándose mucho de oir las mismas noticias de V. Vivo con Hackert; anteayer fuí en compañía del caballero Hamilton á su casa de recreo de Pausilippo. En todo el mundo de Dios no puede verse cosa más soberbia; después de comer, una docena de jóvenes se fueron al

mar; daba gusto verlos. ¡Cuántos grupos y posturas formaban jugando! El los paga y todas las tardes se da este gusto. Hamilton me gusta extraordinariamente. Hablé mucho con él, lo mismo en casa que cuando fuimos á paseo al mar. Me divierte en extremo aprender tanto de él y espero todavía mucho bueno de tal hombre. Escríbame V. el nombre de los amigos que tiene aquí, á fin de que pueda conocerlos y saludarlos. Pronto sabrá V. más de esto. Salude á todos los amigos, sobre todo á Angelika y á Reiffenstein.

P. S. Encuentro en Nápoles mucho más calor que en Roma, con la diferencia que el aire es más sano y que siempre corre algún viento más fresco, pero el sol tiene más fuerza; los primeros días era casi inaguantable. He vivido únicamente de hielo y agua de nieve.

Posterior (sin fecha).

Ayer hubiera deseado á V. en Nápoles: semejante algarabía y semejante muchedumbre, comprando únicamente comestibles, no la he visto en mi vida; verdad es que tantas de estas vituallas no se vuelven á ver nunca juntas. La gran calle de Toledo estaba casi cubierta de todo género de aquellas cosas. Sólo aquí puede uno formarse idea de un pueblo que habita tan feliz comarca, donde cada estación produce frutos á diario. Imagínese V. que hoy están de francachela 500.000 hom-

bres y esto á la manera napolitana. Ayer y hoy estuve en una mesa, donde lo que ha sido devorado me asombra: era una superabundancia pecadora. Kniep también estaba y la emprendió á comer de todas las golosinas, de suerte que temí diese un estallido. No le pasó nada y con ese motivo nos contó, como siempre, el apetito que ha tenido á bordo y en Sicilia; mientras V., pagando buen dinero, parte por encontrarse mal y parte por deliberado propósito, ayunó hasta el punto de pasar hambre.

Hoy se ha comido cuanto ayer se compró y dicen que mañana estarán las calles tan llenas como ayer. La de Toledo parece un teatro donde se quiere representar el derroche. Todas las tiendas vense adornadas de víveres y hasta en la calle cuelgan guirnaldas de salchichas, doradas en parte y atadas en cintas rojas. Todos los pavos tienen detrás clavada una banderita roja. De estos se vendieron ayer 30.000; hay que contar además los que se han cebado en las casas. El número de asnos cargados de capones, el de otros con naranjas, la cantidad de estas doradas frutas, amontonadas en el suelo, espanta. Pero lo más hermoso de todo son las tiendas donde se venden cosas verdes y donde se colocan las pasas, higos y melones, todo expuesto y ordenado de modo tan gracioso, que regocija la vista y los corazones. Nápoles es un lugar donde Dios da copiosamente su bendición para todos los sentidos.

Posterior (sin fecha).

Envío á V. un dibujo de los turcos aquí prisioneros. El Hércules, según antes se llamó, no ha tomado sino un barco que conducía pescadores de coral. Los turcos vieron esta embarcación cristiana y se echaron encima, queriendo apresarla; mas se encontraron chasqueados, pues los cristianos fueron más fuertes, pudieron más que ellos y los trajeron prisioneros. Eran en el barco cristiano treinta hombres y veinticuatro en el turco; seis turcos quedaron en la pelea y uno está herido. De los cristianos no quedó ninguno; la Madonna los ha protegido.

El patrón cogió gran botín; encontró mucho dinero y mercancías, telas de seda y café, además de rico aderezo perteneciente á una joven mora.

Era notable ver los miles de hombres que, bote tras bote, iban á ver los prisioneros y sobre todo la mora. Diversos aficionados la querían comprar y ofrecieron mucho dinero; el capitán no quiere darla.

Fuí todos los días y una vez encontré al caballero Hamilton y á Miss Horte, que estaba muy conmovida y lloraba. Viéndolo la mora, comenzó también á llorar. La Miss queria comprarla y el capitán, obstinado, no la quiso dar. Ahora ya no están aquí; el dibujo explica esto mejor.